

Los pistachos

Un día, un sabio llegó a Aksehir y anunció que quería competir en sabiduría con la persona más lista del lugar. La gente fue a buscar a un vecino llamado Nasrudín y lo llevaron ante el forastero.

El sabio dibujó con su bastón un círculo en el suelo y miró a Nasrudín, esperando una respuesta. Nasrudín cogió el bastón y trazó una línea con la que dividió el círculo en dos mitades.

El sabio tomó de nuevo el bastón, dibujó otra línea y el círculo quedó dividido en cuatro partes. Entonces Nasrudín hizo un gesto como si tomara tres partes y dejara la cuarta para el otro.

El sabio extendió la mano con la palma hacia abajo y sacudió los dedos sobre el dibujo. Nasrudín extendió las manos, levantándolas hacia el cielo, y se marchó de allí dando un bufido.

—¡Qué hombre más inteligente! —les dijo el sabio a los otros—. Primero le dije que la Tierra es redonda, y él me respondió que así es, y que el ecuador atraviesa la Tierra por el medio. Luego, en respuesta a mi dibujo, dijo que tres cuartas partes del planeta son agua y solo una es tierra. Entonces le pregunté de dónde venía la lluvia, y me contestó que del agua que se evapora y sube a la atmósfera, donde se forman las nubes.

En cuanto a Nasrudín, les dijo más tarde a sus vecinos:

— ¡Qué hombre más glotón! Dibujó una empanada y me preguntó qué podíamos hacer con ella. Le respondí que lo justo sería comernos cada uno la mitad. Pero el muy tragón quiso dividirla en cuatro y comerse tres partes. Le dije que nada de eso, que me las comería yo. Entonces me propuso que la espolvoreásemos con pistachos molidos. Yo alcé las manos al cielo para decirle: «¡Dónde has visto tú que a la empanada se le echen pistachos!».

Cuento tradicional turco

